

Todas las vidas posibles

Claudia Guillén

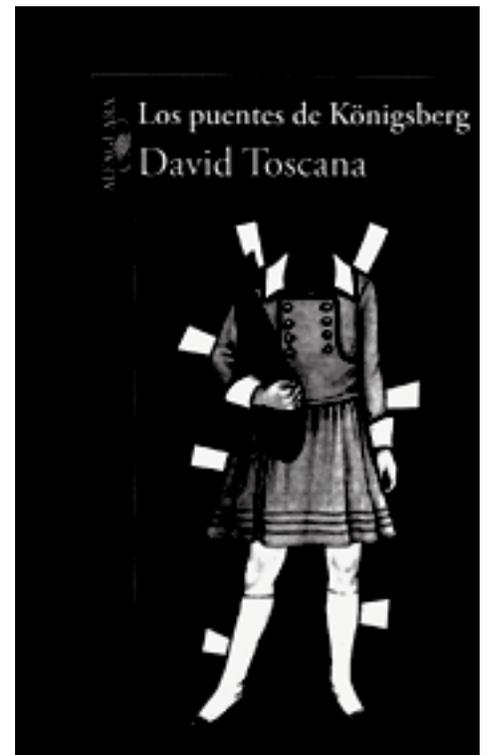
Estación Tula, Lontananza, Santa María del Circo, Duelo por Miguel Pruneda, El último lector y El ejército iluminado son los títulos que preceden esta última entrega de David Toscana (1961); me refiero a *Los puentes de Königsberg*, novela publicada bajo el sello de Alfaguara. Ya desde sus inicios como escritor, Toscana hacía evidente su necesidad de integrarnos en mundos poco realistas, con personajes fuertes que cargan con una lógica personal fuera de lo común. Es decir, sus novelas y sus cuentos se insertan en la frontera con el ámbito de lo absurdo, donde las vidas trastocadas de sus personajes tienden a construir un universo complejo. La narrativa de Toscana aborda universos que van más allá de lo que se considera “normal”, abrevando en la tradición de Cervantes, Kafka y Onetti, como el mismo autor regiomontano lo ha manifestado. No obstante, si bien la influencia de estos autores se asoma en algunos de sus textos, la mirada de David Toscana se nutre de diversos tratamientos narrativos, con el fin de establecer su sello “de originalidad”, en busca de nuevas estructuras que permitan establecer la diferencia. Un elemento recurrente en su cosmos literario es la ironía, siempre certera, que el autor sabe intercalar con el absurdo y con el drama sin el menor demérito de la ejecución.

Ya en una nota anterior apuntaba que, en *El ejército iluminado*, este autor propuso una estructura y una temática más atrevidas que las de sus libros anteriores: en aquella historia, por ejemplo, el eje temporal se ceñía a una trama en apariencia desquiciada, donde se desenvolvía un grupo de personajes cuya característica en común era la de habitar un mundo casi onírico en el que se entrelazaban los deseos de unos con las frustraciones de otros. En ese ám-

bito de sueños desgarrados destacaba la visión de un imaginario colectivo ocupado, desde hacía más de un siglo, en odiar a los Estados Unidos a causa de las afrentas infligidas a México en el siglo XIX. Estos seres nacían y vivían en la ciudad de Monterrey, al igual que Floro, Blasco y el polaco, personajes centrales de la historia que se narra en *Los puentes de Königsberg*.

Y si en *El ejército iluminado* ya se advertía claramente su ambición por integrar estructuras que podrían parecer demenciales, en *Los puentes de Königsberg* Toscana logra, con toda eficacia, consolidar sus obsesiones literarias para engendrar una estética donde la belleza se hace presente en la posibilidad de contar una historia transfigurada por los anhelos del narrador y de sus protagonistas. En principio, podríamos decir que esta novela es una gran puesta en escena del teatro de la vida. No exagero al pensar que la trama se acerca a esta premisa, pues, gracias a ella, quienes participan en la historia pueden deambular por distintos espacios geográficos sin problema alguno, como nos lo hace saber Floro casi al inicio del libro: “...el teatro, más que las palabras, está hecho de lenguaje corporal”. Y más adelante: “No puedo ser un cartero que anda por ahí, he de ser el cartero, la carta, debo ser la tensión, la angustia y la alegría de los espectadores”. De esta forma, el escritor prepara al lector para introducirlo a lo que más adelante será una trama cargada por la tensión, la angustia y la alegría de sus personajes.

Todo inicia cuando en el Colegio de Santa María se extravían seis niñas que, según parece, caen a la Presa de la Boca, cercana a Monterrey. Nadie tiene noticias de ellas, de no ser por las *pesquisas* que aparecen en el periódico *El Porvenir*, con lo



que se insinúa la intención del autor —ya sea de modo consciente o inconsciente— de denunciar la desaparición constante de menores de edad en la ciudad a las faldas del Cerro de la Silla. Nos hallamos en 1945, y al mismo tiempo, en Europa, está por concluir la Segunda Guerra Mundial. Los rusos avanzan hacia territorios estratégicos que más adelante serán suyos, como es el caso de la ciudad de Königsberg —en latín *Mons Regius*—, que hoy se llama Kaliningrado. La coincidencia semántica entre la ciudad europea y la del norte de México le sirve a Toscana para unir en la ficción dos continentes que entonces vivían realidades distintas, pero que, para los protagonistas Andrea, Floro, Blasco y el polaco, podrían sin problema sintetizarse en la cotidianidad regiomontana. Se trata, pues, de seres que crean una historia en el margen —o en el

centro— de la realidad que viven. Seres que no tienen reparos en jugar a la guerra en tierras mexicanas. Seres que se sienten identificados con una población vulnerable, como lo fue por aquellos días la de Königsberg. Seres que, a diferencia de Kant —oriundo de esas tierras prusianas—, descubren el sentido de la vida a través del ejercicio de modificar por sí mismos sus historias de vida creando otras muy distintas, y no sólo eso, sino también de representarlas en el gran teatro espontáneo que han montado en su ciudad.

El narrador, de apellido Gortari, nos muestra cómo las diversas tramas se van entrelazando hasta unificarse: en las páginas de la novela, un acertijo sobre los siete puentes de Königsberg obsesiona a la maestra regiomontana Rosario, quien contagia su obsesión a un alumno, quien a su vez integra a Floro, a Blasco y al polaco en esta idea, para después insertarlos de lleno en la imaginaria —aunque remotamente real— guerra de los nazis contra el Ejército Rojo en defensa de su tierra natal, Königsberg-Monterrey; sin dejar de lado el tema de las niñas desaparecidas, que se trasfiguran en botellas de diversos licores, a quienes el trío de personajes cuida con gran devoción. Mientras avanza en la lectura, el lector se da cuenta de que los nombres de las calles y plazas de Monterrey, escritas en lengua castellana, han sido suplantados por palabras alemanas, y hasta el quiosco de la plaza Zaragoza se convierte, no sólo en uno de los escenarios más emblemáticos de los personajes, sino en la Walter-Simon-Platz.

Quizá la parte medular del relato sea la convicción de que la Historia siempre se desgaja en varias historias, reales o imaginarias, verosímiles o increíbles, que la vuelven infinita, como lo llega a sugerir la maestra Andrea al referirse a la *Crónicas prusianas*: “Pero no hay historia completa y ninguna historia termina”. Es lo que ocurre con estos personajes, quienes, desde la sinrazón,

encuentran varias historias para interpretarlas a lo largo de su vida, dejando de hacerlo sólo cuando se topan con su propia muerte. De esta forma imaginan el amor, la muerte, la pedofilia y el éxito; esto es, lo que nunca lograrán desde su estatus de seres miserables.

Así, aunque Floro es el único que se ostenta como un actor “real”, los demás compañeros del grupo que se reúnen en la cantina Lontananza se van integrando al oficio, pues también desempeñan papeles importantes en la guerra emprendida contra el Ejército Rojo desde la ciudad de Monterrey; o bien, cuando todos se apropian del alma de las niñas desaparecidas a través de las botellas vacías; o cuando, en el más completo absurdo, establecen la lógica de cómo proceder frente a diferentes eventualidades, que nunca llegan a ser brutalmente devastadoras.

Otro de los logros de *Los puentes de Königsberg* es la sutileza con la que se abordan ciertos temas que, aunque apenas se esbozan, están presentes en la existencia de los personajes —los horrores y crímenes de la guerra, el absurdo de la muerte, la crueldad cotidiana del género humano, el antisemitismo, el suicidio, el estupro, la pedofilia— como un telón que cubriera la vida entera de desesperanza. Sin embargo, las criaturas de Toscana parecen torear con eficacia la infelicidad, y a través de sus eccentricidades otorgan un toque de humor y hasta de cierta ternura a la crudeza del contexto, sobre todo cuando actúan como niños que juegan a librar los peores conflictos bélicos.

Llama la atención el manejo temporal en la novela, como ya lo habían hecho las obras anteriores de Toscana: aunque la acción principal se sitúa, como ya lo anoté, en 1945, al ser concebidos y dotados con plena libertad, tanto los personajes como las escenas transitan con igual soltura en el tiempo que en el espacio. De pronto las

acciones se trasladan a un tiempo remoto, como cuando la maestra Andrea nos introduce en las legendarias *Crónicas prusianas*, o dan el salto hacia un futuro próximo, que es desde donde realmente el narrador cuenta su relato. En cuanto a la atmósfera de *Los puentes de Königsberg*, destaca que el autor es casi minimalista si se trata de mostrar Monterrey —se limita a nombrar los espacios—, como si para un retrato más profuso de su ciudad remitiera al lector a sus novelas anteriores, o como si intentara decirnos que el mundo de la imaginación es mucho más rico que el de la vacía realidad. En cambio se vuelve descriptivo cuando se trata de recrear espacios europeos. Pero gracias a ello los lectores podemos oler el miedo a la guerra, sentir el fuego de los bombardeos, apreciar la belleza de los antiguos castillos, en tanto que observamos a sus personajes emborrachándose, actuando u organizando carnavalescas peleas de box en el quiosco de la Plaza Zaragoza de Monterrey o en el de la Walter-Simon-Platz.

David Toscana es un escritor que desde sus primeros libros apostó por la imaginación —la suya propia y la de sus personajes— como tema, como técnica y como estrategia narrativa. A lo largo de su trayectoria ha ido afinando sus descubrimientos iniciales y explorando otros, con el fin de conseguir, a través de la novela, esa huidiza síntesis entre la sórdida realidad, la ironía más ácida, el humor espontáneo y la fantasía más desbocada. Ahora, con *Los puentes de Königsberg*, demuestra a sus lectores que su búsqueda no ha sido estéril, y que un universo narrativo personal, diferente, único, tarde o temprano es capaz de otorgar su recompensa en la forma de un verdadero logro estético. ■

David Toscana, *Los puentes de Königsberg*, Alfaguara, México, 2009, 242 pp.

Uno de los logros de *Los puentes de Königsberg* es la sutileza con la que se abordan ciertos temas que están presentes en la existencia de los personajes.